

Como ustedes saben, las palabras pueden ser complicadas. Cuando yo estaba en México, le estaba diciendo a un amigo que estaba avergonzado, pero lo que dije fue que yo era sinvergüenza. Por supuesto la gente me aseguraba que no lo era. Mi amigo me dijo que su error fue mucho peor. Cuando él quiso decir que él estaba avergonzado, dijo que estaba embarazado. Obviamente nos podemos divertir con tales errores. Las palabras en la Biblia, sin embargo, tienen mucho más significado y, cuando incomprendidas, pueden causar hasta desesperación de ser amados por Dios. Las palabras en las lecturas de hoy pueden desanimarnos o pueden inspirarnos y renovar nuestra esperanza en Dios.

«Sean santos, porque yo, el Señor, soy santo». «Ustedes, pues, sean perfectos, como su Padre celestial es perfecto». Estos dos mandatos—y éstos son mandatos—uno, las palabras de Dios en el Antiguo Testamento, y el otro, las palabras de Jesús en el Nuevo Testamento, establecen un estándar muy alto para nosotros, pero, correctamente entendidas, creo que pueden inspirar y fortalecer nuestra determinación a vivir como Jesús quiere que vivamos.

Por un momento miremos lo que la palabra *santa* y la palabra *perfecta* significan. La palabra hebrea en el Antiguo Testamento, traducida en el español como *santa*, significa «distinta». En el Antiguo Testamento Dios le dijo a su gente, los judíos, que deben ser diferentes de la gente alrededor de ellos, apartes de los que practicaban la venganza, el sacrificio humano, y celebraban sus dioses con actividad borracha y promiscuidad sexual. Dios le dice a su pueblo que ellos deben ser santos, distinto de tal manera de vida.

En el Nuevo Testamento la palabra griega traducida en español como *perfecta*, significa «maduro», «terminado», «concluido», o «perfeccionado». *Perfecto* en este sentido se refiere a nosotros como un trabajo en progreso, un trabajo que en última instancia debe a ser completado. Aún con estos entendimientos, estos dos mandatos establecen un estándar tan alto que muchos de nosotros simplemente los ignoramos, pensando en ellos como ideales tan exaltados que son más allá de nosotros simples seres humanos.

Pero el contexto en que encontramos los dos mandatos los sujeta y los lleva más cerca de nosotros. «No odies a tu hermano ni en lo secreto de tu corazón. . . . No te vengues ni guardes rencor de los hijos de tu pueblo. Ama a tu prójimo como a ti mismo».

Yo sé que es más fácil decir éstas palabras que aplicarlas en nuestra vida diaria. Yo sé que es difícil para nosotros olvidar o perdonar a una persona cuando nos han tratado con desprecio y falta de respeto o cuando alguien que amamos ha sido maltratado o desatendido. Yo sé que nos podemos sentir traicionados y violados cuando alguien, a veces incluso un miembro de nuestra familia, nos roba; y yo no sé cómo yo respondería si mi esposa y mis hijas hubieran sido torturadas y asesinadas como lo fue la familia de un hombre.

La mayoría de nosotros, si no todos nosotros, olvidamos lo que Dios nuestro Padre y nuestro Señor Jesús nos mandaron para cuando nos asalten, o cuando alguien nos humilla o se burla de nosotros. Cuando pensamos en los crímenes atroces que algunas personas cometen, nos sentimos tentados a pensar que seguramente el Señor no se refiere a estas personas terribles cuando él dice, «Perdónalos» o ámenlos».

Ustedes y yo sabemos, sin embargo, que el odio devora nuestras entrañas como el moho devora el hierro. Sabemos que la venganza a menudo trae venganza a cambio. Sabemos que la violencia a menudo provoca más violencia.

El mártir de los derechos civiles, Martin Luther King, Jr., cuyo liderazgo no-violento transformó el Sur, donde crecí, dijo: «El odio paraliza la vida; el amor la pone en libertad. El odio confunde la vida; el amor la pone en armonía. El odio oscurece a la vida; el amor la ilumina».

Así cuando nuestro Dios que es nuestro Padre, Dios que es nuestro Señor Jesucristo, nos dice que seamos santos, que seamos perfectos, él no nos está diciendo que éstos son simples ideales. Él no nos está diciendo que son buenos para meditar. ¿Recuerden lo que oramos todos los domingos? «. . .perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden . . . .» ¿Queremos ser perdonados en la manera y en la medida en que nosotros perdonamos a los demás?

Otra vez escuchen a la Palabra de Dios.

Yo, en cambio, les digo: Amen a sus enemigos, y hagan el bien a los que los odian y rueguen por los que los persiguen y calumnian, para que sean hijos de su Padre celestial, que hace salir su sol sobre los buenos y los malos, y manda la lluvia sobre los justos y los injustos. Porque, si ustedes aman a los que los aman, ¿qué recompensa merecen? ¿No hacen eso mismo los publicanos? Y, si saludan tan sólo a sus hermanos, ¿qué hacen de extraordinario? ¿No hacen eso mismo los paganos?

Distingámonos de los que odian, de los que buscan venganza, de los que abusan de los otros. En las palabras de San Pablo, «viviendo en la verdad y en el amor, crezcamos plenamente, unidos a Cristo» (Efesios 4:15). Y que Dios el Espíritu Santo nos llene del amor de Dios para que podamos ser santos, para que podamos ser perfeccionados, para que podamos ser maduros.